

---

## Criterio y modo historiográficos de Francisco Javier Alegre

Germán Viveros\*

Con sobrada razón, a los organizadores de este Quinto Simposio de Historia de las Mentalidades les ha parecido pertinente, entre otros asuntos, reunir en torno a la historia del libro durante los siglos XVI al XIX la de los “espacios de lectura” en México. Digo con sobrada razón, porque toda biblioteca —espacio de lectura— ha de ser concebida como un ambiente indispensable para el ejercicio del intelecto y para el análisis y difusión de la información que en ella se contiene. Con base en esta premisa, hablaré aquí de una biblioteca de tiempos virreinales novohispanos, pero no de su acervo ni de su organización, sino de uno de sus frutos: la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, del veracruzano Francisco Javier Alegre. No obstante, antes de abordar este tema parece conveniente decir unas cuantas cosas sobre la biblioteca propiamente dicha. Era la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo en la ciudad de México un espacio de lectura constituido en germen nutricio de actividad del intelecto. Allí no sólo se apoyaba la instrucción de los escolares de la Compañía de Jesús, sino que era un imprescindible núcleo bibliográfico para la investigación. En este sentido, la biblioteca propiciaba y favorecía la gestación y difusión de las ideas, al grado de que, al menos des-

de inicios del siglo XVIII, fue un centro bibliográfico tanto o más importante que el de la Real y Pontificia Universidad de México, entre otras razones porque había sido ideada y constituida para cimentar una educación humanística basada en la cultura cristiana y grecorromana, además de procurar el conocimiento de algunas culturas prehispánicas de México. Esta orientación (claramente perceptible en el catálogo de esa biblioteca conservado en el Archivo General de la Nación), sin duda influyó en la formación académica de muchos mexicanos de entonces, que luego habrían de actuar trascendentalmente. Una muestra importante de este hecho fue la *Historia* de Francisco Javier Alegre.

La personalidad de este jesuita que vivió entre 1729 y 1788 fue polifacética. Imposible olvidar sus trabajos y actividades referentes a la filosofía, la teología, la matemática, la poesía, la enseñanza y la historia.<sup>1</sup> Aunque probablemente esta última constituya uno de los ámbitos de trabajo menos explorados cuando se estudia a Alegre.<sup>2</sup> Por esta razón pretendo hablar del modo de hacer y del criterio historiográficos que, explícita o tácitamente, puso en práctica Alegre cuando escribió su *Historia*.

Francisco Javier Alegre emprendió la redacción de esta obra “en fuerza de orden superior”, salida de labios del provincial Francisco Ceballos del colegio de profesores y de “perso-

\* Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.



nas competentes” del Colegio de San Ildefonso de México.<sup>3</sup> Orden que tuvo seguramente mucho que ver con el afán jesuítico de la época de dar a conocer la obra misionera de la Compañía de Jesús; Alegre, al referirse a las misiones, las llama “la parte más bella y más importante de nuestro asunto”. Hechos como éstos han de ser advertidos en el momento de considerar el método y criterio de trabajo utilizados por Alegre, ya que en ningún momento pretendió teorizar acerca del historiar. En cambio, describió los hechos con objetividad y riguroso orden cronológico —todo esto basado en copiosa información documental—,<sup>4</sup> y es evidente que su trabajo tenía como destinatarios a su orden religiosa, a extranjeros y al público en general.<sup>5</sup>

Unas veces Alegre narra acontecimientos asentados por escrito por quienes los vivieron, y otras transmite información oral, recibida de quienes también habían participado en sucesos de la Compañía. En ambos casos resulta que Alegre escribió su *Historia* casi siempre a partir de hechos descritos por testigos oculares; puede decirse que el veracruzano hizo historia en el sentido más literal y exacto del vocablo.

Cabe enumerar ahora los criterios historiográficos de Alegre, para después hablar del modo en que los ejecutó. Explícitamente y en su Prólogo,<sup>6</sup> comenzó por decir que se ocuparía de los primeros doscientos años de su institución eclesiástica, y que, para lograr su objetivo, emplearía seis recursos fundamentales. De entrada, Alegre reconocía que se valdría de trabajos impresos anteriores, entre los que —decía él— consideraría principales los del padre Francisco de Florencia,<sup>7</sup> sobre todo en lo que tocaba a la primera misión enviada a la Florida, y hasta la fundación del colegio máximo de México. El veracruzano concedía especial consideración a Florencia,<sup>8</sup> a quien, visto a través de su *Historia*, Alegre tenía por su más digna e importante fuente historiográfica. Este hecho no ha de extrañar, si se advierte que en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México había no menos de cuatro ejemplares de aquella

obra, además de otras del mismo autor que Alegre seguramente hubiera tomado en cuenta de haber redactado el libro de índole biográfica que pensó añadir a su *Historia*.

Entre esta segunda serie de obras del padre Florencia se hallaban la *Ejemplar vida y gloriosa muerte del P. Luis de Medina* (cuatro ejemplares), la *Vida admirable y muerte dichosa del religioso P. Gerónimo de Figueroa* (un ejemplar), el *Menologio de los varones más señalados de la Compañía de Jesús de Nueva España* (cuatro ejemplares), y la *Relación de la ejemplar y religiosa vida del P. Nicolás de Guadalajara* (un ejemplar), además de otras obras del mismo Florencia que tal vez no tenían el mismo grado de interés para Alegre, pero que hoy dejan ver lo bien conocido y respetado que era aquel autor entre los miembros de la Compañía. Este último tipo de obras estaba representado por el *Zodiaco mariano* (seis ejemplares), por la *Aparición que hizo el arcángel San Miguel a Diego Lázaro de San Francisco* (tres ejemplares), por la *Historia de nuestra Señora de los Remedios* (cuatro ejemplares), por la *Historia de la milagrosa imagen de nuestra Señora de Guadalupe* (tres ejemplares), y por la *Casa de Nazareth, hoy de Loreto* (dos ejemplares).<sup>9</sup>

Alegre reconocía, no obstante, que para lograr su propósito no pudo dejar de lado la historiografía manuscrita conservada en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo, como era el caso de la obra del padre Andrés Pérez de Rivas, de quien el veracruzano consultaría tres tomos: uno que discurría en torno a la historia de Sinaloa, otro que trataba de varias fundaciones de colegios, y uno más que abordaba el tema de las misiones del norte de Nueva España, en particular las de los actuales estados de Sinaloa, Chihuahua y parte de Coahuila.<sup>10</sup> Sin embargo, hacia los años en que Alegre escribía su *Historia* la biblioteca del colegio máximo contaba sólo con un ejemplar impreso de la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe, conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús*, escrita por Pérez de Rivas.<sup>11</sup> Respecto a este jesuita, Alegre consultó muchas de las mismas fuentes



documentales históricas de que se valió, como lo dejan ver las anotaciones que, de su puño y letra, uno y otro historiador sobrepusieron en manuscritos que aún hoy pueden ser consultados en el Archivo General de la Nación de México.<sup>12</sup>

Además de los trabajos de Pérez de Rivas, Alegre declaró en el Prólogo de su *Historia* que había consultado por igual obras relacionadas con actividades jesuíticas puestas en práctica en Sonora y en Nayarit, como fue el caso de aquellas escritas por Francisco Eusebio Kino y por Miguel Venegas. Del primero de ellos conoció un variado epistolario y su *Exposición astronómica del cometa que se vio en todo el mundo en los años de 1680 y 1681*;<sup>13</sup> del segundo tuvo oportunidad de consultar algunos trabajos, como fueron la *Noticia de la California y de su conquista*, las *Relaciones de la entrada hecha por los españoles en la California el año de 1683*, un *Informe del estado de la nueva cristiandad de Californias*, y una *Defensa de las misiones de Californias*; todo esto sin contar trabajos de índole biográfica, como la *Vida y virtudes del V.P. Bautista Zappa* y *El apóstol mariano, representado en la vida del V.P. Juan María de Salvatierra*.<sup>14</sup>

Alegre quiso dar fe de ediciones y de manuscritos que aprovechó cuando redactaba su *Historia*, así que no podía pasar por alto “una larga serie de cartas anuas que [...] componen el espacio de 120 años”, y que “serán los garantes de cuanto hubiéremos de decir acerca de los primeros tiempos...”<sup>15</sup> De este método de investigación ha quedado amplísima constancia en numerosos documentos manuscritos sobre los cuales el veracruzano iba anotando juicios u opiniones suyas, o bien frases cortas que más tarde le permitían saber qué documentos eran los que ya había consultado. Así, hoy es posible leer minúsculos textos suyos que, rubricados por su propia mano, dicen cosas como: “Vista, y puesto lo que hay”, “Puesta en su lugar”, “Repetida”, “Nada especial”, “No hay cosa mayor”, “Es inútil, ni puede ser del año que dice, porque en ese tiempo no había en Valladolid curso de Artes. Esta letra parece del P. Oviedo”, “Hanse sacado los puntos para la

historia”, “Un bello caso [relacionado con una confesión]”, “Lo de S. Javier que aquí se dice fue 2 años antes”, “Parece que lo vio Andrés [Pérez de Rivas]”, “Vista por Andrés”, “Sacar lo necesario”, etcétera.<sup>16</sup>

La extensa serie de cartas anuales revisadas por Alegre, así como el cotejo que hoy puede hacerse entre éstas y los pasajes correspondientes de su *Historia*, dan cabal credibilidad a la garantía de verosimilitud que ofrecía el veracruzano en su Prólogo. Además, el hecho fundamental y declarado en el sentido de apoyarse en lo que hoy son llamadas ‘fuentes primarias’ concede a su discurso histórico invaluable esencia de objetividad, corroborada en la *protesta* con que Alegre dio fin a su Prólogo, en donde concluye: “no pretendemos prevenir el juicio de la santa romana Iglesia, ni conciliarnos más autoridad que la que por sí merecen los hechos mismos en la prudencia humana”.<sup>17</sup>

La validez del criterio y del método historiográficos empleados por Alegre tienen sustento no sólo en sí mismos o en expresiones del propio autor, sino también en el juicio y en las sugerencias de otros que se ocuparon de revisar su obra. En efecto, en carta del 11 de septiembre de 1766 el veracruzano hablaba a su provincial de que había leído las opiniones de los revisores de su *Historia* y que pronto le daría a conocer su última palabra al respecto; mientras tanto, se proponía continuar la redacción del libro octavo (incluido en el tomo III de la edición ABZ).<sup>18</sup> Este hecho muestra que las garantías científicas referidas por Alegre eran consideradas y ratificadas por sus censores. Por si todo esto fuera poco, también ha de ponderarse la información que hoy se posee respecto al control bibliotecario llevado en el Colegio de San Pedro y San Pablo, que dice mucho del modo como Alegre realizaba su quehacer historiográfico. Ese control, intitulado “Libros que con Licencia del P. Rector se han sacado de la librería, desde el año de 1766 hasta éste que va corriendo de 1767”,<sup>19</sup> en su folio 3v registra los manuscritos que Alegre tomó prestados de aquella biblioteca, “por dos años”. El hecho fue autorizado por el padre

provincial y por el propio rector del Colegio el 18 de octubre de 1766, es decir, cuando Alegre se hallaba dedicado a la redacción de su *Historia*. Esta información corrobora el aserto del veracruzano en el sentido de que las cartas anuales aprovechadas por él constituían el soporte fundamental de su labor historiográfica, tocante a ciento veinte años de la vida de la Compañía de Jesús en México.

Una vez que Alegre habló en su Prólogo acerca de sus antecesores y fundamentos historiográficos, pasó a referirse al modo de estructurar toda la información recogida, a fin de darle cuerpo a su *Historia*. Al parecer vaciló un poco al respecto, o tal vez su metodología formal había sido cuestionada, pues dedicó unas líneas a justificar su decisión.<sup>20</sup> Esta fue la de imitar a “los modernos más célebres entre los italianos, franceses y españoles”, que, según Alegre, escribían “por libros enteros” y no por libros integrados por capítulos. La decisión había sido tomada después de examinar también paradigmas de la antigüedad grecolatina, “que son los ejemplares más perfectos que tenemos en este género”. Interesante sería conocer con precisión cuáles fueron los historiadores y las obras que Alegre consideró antes de darle a su *Historia* la estructura que le conocemos; sin embargo, esta información se la reservó nuestro jesuita. No obstante, alguna hipótesis podría proponerse a partir de obras que hoy sabemos que tenía la Biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo, y que seguramente había consultado Alegre impulsado no sólo por el quehacer historiográfico en que se ocupaba sino también por la avidez de lectura que sabemos lo caracterizó.<sup>21</sup> Entre varios de esos autores y obras, el “Índice” registra:

Estrabón, *De situ orbis*, Lugduni, 1559 (f. 594r).

Floro, *De rebus romanis*, Amstelodami, 1674 (f. 227r).

—, *Epitome rerum romanorum in usum Delphini*, Venetiis, 1745 (fs. 214v, 219v).

Jenofonte, *Opera omnia*, Lugduni, año ilegible (f. 663v).

Livio, *Historia romana*, S.l., s.a. (f. 468v).

—, *Opera sua ad usum Delphini*, Venetiis, 1714 (f. 309r).

Plinio, *Historia mundi*, S.l., s.a. (f. 471v).

Salustio, *De conjuratione Cathilinae*, Venetiis, 1556 (f. 547v).

Suetonio, *De vita et escriptis*, [sic], Amstelodami, 1663 (f. 536r).

—, *Duodecim Caesares*, Lugduni, 1548 (f. 588v).

Tácito, *Opera. Comentari Justi Lipsi* [sic], S.l., s.a. (f. 596r).

Entre diversos historiadores y polígrafos hispanohablantes, el “Índice” incluye:

Benito Jerónimo Fejoo, *Obras*, S.l., 1742 (f. 219v).

—, *Cartas eruditas*. S.l., s.a. (f. 219r).

—, *Theatro crítico universal*, S.l., s.a. (fs. 205r, 206r, 209rv).

Fray Alonso Fernández, *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Toledo, 1611 (f. 225v).

Diego Fernández, *Historia o alzamiento del Perú*, sin portada (f. 226r).

Lucas Fernández, *Historia general de las conquistas del nuevo reino de Granada*, Amberes, s.a. (f. 226r).

Antonio Franco, *Sinopsis annalium Societatis Iesu in Lusitania*, Augustae Vindelicorum, 1706 (f. 226r).

Reverendo padre José Agustín Orsí, *Historia eclesiástica*, Madrid, 1754.

Fray Buenaventura Salinas, *Memorial de las historias del nuevo mundo*, Lima, 1630 (f. 586r).

Carlos Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, México, 1680 (f. 548r).

—, *Teatro de virtudes políticas*, México, 1680 (f. 551r).

Por otra parte, Alegre había advertido sobre dos criterios más que habrían de regular el modo de realizar su *Historia*. El primero se refería a la inicial redacción castellana de esta obra, que con posterioridad se le ordenó que tradujera al latín; el segundo atañía al aspecto



ta historia". Hoy consta, sin embargo, que estos criterios quedaron en proyecto al ejecutarse la orden de expulsión de que fue objeto la Compañía en junio de 1767. No obstante, estos dos últimos aspectos mencionados por Alegre dejan ver cuál era la final visión de conjunto que tenía el jesuita en torno a su *Historia*.

En cuanto al traslado al latín, la orden que Alegre recibió de sus superiores seguramente tenía que ver con el deseo de éstos de darle cabal forma científica a los originales del veracruzano, aun a riesgo de hacerlos algo inasequibles a los lectores menos que medianamente cultos. Lo curioso del caso es que Alegre parecía inclinarse por la redacción castellana, pues ésta haría posible que un mayor número de lectores conociera la obra misionera de la Compañía.<sup>22</sup> Téngase en cuenta, además, que cuando en el destierro Alegre decidió reescribir algo de su *Historia*, nuevamente lo hizo en castellano.

En el Prólogo de su *Historia*, Alegre dejó dicho con claridad cuál fue el criterio elegido al tiempo de escribirla; implícitamente es posible advertir otros a lo largo del desarrollo de la obra. Desde luego, hay que decir que, en la *Historia*, el autor se ocupó más de narrar sucesos importantes para la Compañía que de transmitir otros conocimientos generales de modo especulativo. En este sentido, la historiografía de Alegre resulta más descriptiva que etiológica o controvertible, pero esto era un hecho cabalmente acorde con el propósito de objetividad declarado por nuestro jesuita.

Cuando Alegre se ocupó de rebeliones indígenas, lo hizo sobre las que hubo en el actual noroeste de México: seris, yaquis, pimas.<sup>23</sup> En mayor o en menor medida, estos tres grupos étnicos se mostraban hostiles hacia los conquistadores españoles. Alegre, apegado a la información que hallaba en las cartas anuales, habla de que los seris eran un grave obstáculo para la pacificación de la provincia;<sup>24</sup> que los yaquis inquietaban seriamente a Sinaloa,<sup>25</sup> y que los pimas robaban ganado e incendiaban casas.<sup>26</sup>

Las actitudes beligerantes de esos indígenas tenían raíces hondas en arbitrariedades e

injusticias cometidas por pobladores españoles, como había sido la desintegración de las familias indígenas llevada a cabo por el gobernador Ortiz Parrilla;<sup>27</sup> pero Alegre, fiel a su criterio de objetividad, se concretó a transmitir el relato de los misioneros de aquellas regiones, sin entrar en consideraciones acerca de las causas de aquellos problemas sociales, que eran realmente intensos.

El afán descriptivo del veracruzano, por necesidad lo llevó a una actitud selectiva y sintetizadora de sus fuentes de información, que eran numerosísimas y muy explícitas, en vista de los variados y complejos problemas de índole social y económica que afectaban a la Nueva España en general. Así, por ejemplo, Alegre se vio en la necesidad de compendiar toda la información que tuvo a su alcance tocante al problema de las insurrecciones indígenas en el noroeste, sabedor, por otra parte, que autorizados miembros de su Compañía procuraban colaborar en la solución de esos problemas.<sup>28</sup> Consecuencia benéfica de la labor selectiva de Alegre fue la de reunir en una sola obra materiales historiográficos salidos de diferentes manos y épocas, con lo cual dio sentido pleno a informaciones de carácter monográfico, como eran las contenidas en numerosas cartas anuales.

El criterio selectivo aplicado por Alegre lo llevó, a su vez, a asumir otro de esencia cronológica. En efecto, como la materia historiográfica procedía fundamentalmente de las cartas anuales, Alegre estaba consciente de que no podía proceder sino ordenando su discurso conforme a las fechas de esos documentos. Téngase presente, además, que éstos abarcaban un lapso de ciento veinte años, del total de doscientos que Alegre se propuso historiar.

No está por demás decir, por otra parte, que el criterio que declarada o tácitamente ejecutó Alegre no puede ser considerado sino desde la perspectiva y los intereses jesuíticos que lo alentaron, y no desde aquella de las instituciones laicas, hecho que igualmente explica el que asuntos de orden estrictamente civil hayan quedado en segundo plano dentro de la *Historia*, como fue el caso de las rebeliones

indígenas antes aludidas. Tampoco hay que olvidar a los no mencionados destinatarios para los que compuso su *Historia*. Desde luego, su propia orden (el autor escribía “en fuerza de orden superior”), pero también lectores ajenos a ella, incluso no hispánicos; de otro modo no se justificarían explicaciones léxicas en torno a “milpa y pulque”, o bien respecto a “flores que aun por noviembre no faltan en la América”.<sup>29</sup>

En acato y aceptación de sugerencias de censores de la *Historia* y de indicaciones de sus superiores, Alegre había decidido traducir al latín su obra, a fin de darle difusión entre lectores no hispánicos; con ello nuestro jesuita dejaba conocer uno más de los aspectos de su criterio historiográfico, aun cuando este último no alcanzó a ser realizado.

No es superfluo decir, en otro sentido, que, tratándose de un historiador, es importante conocer su juicio o modo de discernir acerca de su materia; también importa conocer sus fuentes de información y el grado de verosimilitud con que las aprovecha, igual que constatar la posible objetividad resultante; pero tratándose de Francisco Javier Alegre, hombre que también se reveló como poeta, resulta pertinente bosquejar, al menos, su peculiar estilística.

Casi sin descuidar el propósito descriptivo, sencillo y escueto, el discurso de Alegre resulta claramente matizado por un tono familiar unas veces, y otras por su capacidad para interesar y conmover, al tiempo que para deleitar. Así, cuando el veracruzano habla —por ejemplo— de los pimas rebeldes (ABZ, IV, pp. 117-121), lo hace con cierta prolijidad y minucia, pero sin rebuscamiento de especie alguna; al contrario, sobresalen con fluidez, espontaneidad y naturalidad expresivas, con todo lo cual la narración asume tonos oratorios muy eficaces y persuasivos en favor de causas jesuíticas tan importantes como lo era la misionera.

En otras ocasiones Alegre desarrolla un mismo asunto en diversas partes de su obra: es el caso del tema de los descubrimientos y conquistas habidos en California, o bien de las misiones jesuíticas realizadas en aquella región (ABZ, IV, libros 3, 5-6, 9-12, etcétera). En éstos, Alegre, con mezcla de noticias referentes

a otras cuestiones y regiones de Nueva España, discurre sobre los viajes de investigación geográfica de los jesuitas Salvatierra y Kino, también sobre alzamientos de pimas o sobre bautizados en California; sin embargo, no lo hace de modo continuado, sino que todo su discurso acerca de estos temas va hilvanándose con otros. El hecho podría explicarse por el desorden con que a le llegaron a Alegre los documentos en que se basó para hacer su relato; también podría deberse a la circunstancia de inacabamiento que presenta su *Historia* en conjunto; no obstante, en ocasiones parece que la discontinuidad de la narración obedece a la deliberada decisión del veracruzano de darle cariz suspensivo a su labor, a fin de interesar más a su lector. Esta situación queda ejemplificada en el capítulo XII del tomo IV de la edición ABZ, en donde parece que Alegre va a continuar su relato acerca de California, pero —sin dejar de mencionarla— pospone su intento hasta el capítulo XIII, con la fugaz frase: “lo dejamos para mejor ocasión”. Actitudes estilísticas como ésta hacen que la *Historia* de Alegre en muchos pasajes resulte caracterizada por tonos que podrían ser llamados “dramáticos”, por su aptitud para despertar interés.

Otras partes historiográficas de la obra, además de la idiosincrática ya señalada, presentan matices de lirismo en la emotividad y afectividad que encierran. Así, cuando el historiador habla de una anciana indígena que anda en busca de confesión última (ABZ, I, p. 199), sabe usar la fraseología pertinente para dar idea de la agonía de aquella mujer (“salió arrastrándose al camino”), o para referir su propia emoción e íntima reflexión: “Extraño espectáculo sobre que no podemos dejar de admitir las fuerzas de la gracia, y de hacer un triste paralelo con la delicadeza y el orgullo de los poderosos del mundo”. Lirismos como éstos se anunciaban desde que Alegre leía y recogía materiales para su *Historia*. De su puño y letra son expresiones que quedaron estampadas sobre múltiples manuscritos que consultó, y que dicen cosas como: “P. Xavier Gómez, humilde y sencillo siervo de la Virgen Santísima”, o “Un bello caso (de confesión)”.



Irrefrenables eran esas manifestaciones estilísticas de índole lírica; eran parte de la esencia de Alegre. Sin embargo, en la *Historia* el veracruzano en ningún momento perdió de vista su deber historiográfico, que prevaleció engalanado a veces con natural atuendo poético.

El sucinto examen de las normas de trabajo, utilizadas por Alegre en su *Historia*, permite concluir que éste asumió como propia una decisión llegada de sus superiores, y que, una vez asumida con gusto, la realizó de modo científico. El resultado de éste ha de verse en la justa perspectiva eclesiástica que le es adecuada y en el grado de evolución de la historiografía

hispánica del siglo XVIII. Además, ha de considerarse el hecho de que Alegre no siempre tuvo a su disposición suficiente y óptima bibliografía histórica, y que por añadidura su obra quedó inacabada con motivo de la expulsión de la Compañía de Jesús. No obstante, tal como es posible conocer ahora la *Historia* de Alegre, ésta continúa siendo piedra miliar para el conocimiento de las actividades jesuíticas novohispanas, y, por extensión y en su más lato sentido, de los acontecimientos sociales con los que aquéllas guardaron relación trascendente, como fue el caso de lo concerniente al ámbito educativo. Esto, sin embargo, es materia para otro trabajo.

## Notas

<sup>1</sup> Muestra minúscula de esta diversidad de intereses científicos la ofrece la escueta mención de obras de índole gramatical, poética, historiográfica y teológica, como son:

a) *Prolusio grammatica de syntaxi habita ab auctore Francisco Xav. Alegre S.J.*, Mexici, 1750.

b) *Alexandrias, sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone*, Bononiae, 1776-1777.

c) *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Roma, Editorial E.J. Burrus y F. Zubillaga, 1956-1960, 4 tomos.

d) *Institutionum theologicarum libri XVIII*, Venetiis, 1789-1791, 7 tomos.

Para conocer la bibliografía completa y comentada de Alegre, ha de verse el tomo I, pp. 481-491, de la obra citada en la letra c precedente.

<sup>2</sup> Esta opinión ya ha sido manifestada por los insignes historiadores Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga, quienes en su ejemplar edición de la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, de Alegre, afirman que éste ha sido objeto de estudio como historiador, pero que aún hay mucho que decir. Véase la edición citada (Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1956-1960, 4 tomos). La afirmación mencionada se halla en I, p. 13, nota 62. En adelante esta edición será citada así: ABZ.

Datos más abundantes acerca de este asunto deberán ser buscados en E. J. Burrus, "Historian of the Jesuits in New Spain. 1729-1788", *Archivum Historicum Societatis Iesu* (Roma), 22, 1953, pp. 439-509.

<sup>3</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 39 y tomo I, p. 6, respectivamente.

<sup>4</sup> Sánchez Alonso, B., *Historia de la historiografía española*, Madrid, 1950, tomo 3, pp. 165-166.

<sup>5</sup> ABZ, tomo I, p. 18.

<sup>6</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, pp. 39-41.

<sup>7</sup> Se refiere a Francisco de Florencia, S. J., *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, México, 1694.

<sup>8</sup> El padre Francisco de Florencia fue un notable jesuita, nacido en Florida en 1619 y muerto en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México en 1695. Un detallado estudio biobibliográfico sobre Florencia se halla en Francisco Zambrano, *Diccionario biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, tomo VI, México, Jus, 1966, pp. 703-767.

<sup>9</sup> Información bibliográfica detallada acerca de estas obras del padre Francisco de Florencia, así como de otros libros y documentos aprovechados por Alegre, puede verse en el precioso legajo manuscrito conservado en el Archivo General de la Nación de México, en su serie llamada *Jesuitas*, III, 30. El legajo lleva por título: "Índice de todos los libros impresos del Colegio de San Pedro y San Pablo de México. Año de 1769. En fojas 671 útiles y de que se pasó testimonio con oficio correspondiente al Excmo. Señor Conde de Aranda". Cabe decir que el *Índice* registra fundamentalmente impresos pero no excluye manuscritos, entre los que se hallaban las cartas anuales que ciertamente utilizó Alegre.

<sup>10</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 40.

<sup>11</sup> Se trataba de la edición madrileña de 1645, registrada en el "Índice de todos los libros impresos del Colegio de San Pedro y San Pablo", *op. cit.*, f. 453r.

<sup>12</sup> Es el caso, por ejemplo, de numerosos expedientes

que hoy conserva el Archivo mencionado, en la serie *Jesuitas*, III, 15 y III, 29.

<sup>13</sup> "Índice", *op. cit.*, f. 302v.

<sup>14</sup> De todo esto quedó constancia en el mencionado "Índice", *op. cit.*, fs. 628r, 660v, 661r, 662r, 662v, 627v, 627r, 628v, 631v, 632v, 636r, 640r, 642v, 652v, 631r, 632r, 635v, 653v.

<sup>15</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 40.

<sup>16</sup> Los pequeños textos citados se hallan, respectivamente, en: Archivo General de la Nación, serie *Jesuitas*, legajos III, 15, exp. 1 (1666); III, 15, exp. 3 (1678); III, 15, exp. 5 (1666-1668); III, 15, exp. 18 (1674-1678); III, 15, exp. 20 (1674); III, 15, exp. 22 (1662); III, 16, exp. 9 (1589); III, 21, exp. 3 (1732); III, 21, exp. 4 (1713), III, 29, caja 2, exp. 22 (1618); III, 29, caja 1, exp. 1 (1604); III, 29, caja 1, exp. 4 (1608).

<sup>17</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 41.

<sup>18</sup> Archivo General de la Nación, sección *Archivo Histórico de Hacienda*, legajo 297, exp. 1.

<sup>19</sup> Archivo General de la Nación, de serie *Jesuitas*, III, 30.

<sup>20</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 41.

<sup>21</sup> Acerca de este asunto discurrió ampliamente Ma-

nuel Fabri en su biografía de Alegre. Véase J.L. Maneiro y M. Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, Ed. de B. Navarro, México, UNAM, 1956, p. 217.

<sup>22</sup> ABZ, *Prólogo*, tomo I, p. 40.

<sup>23</sup> De los seris habla en las páginas 426-432; de los yaquis en 390-394 y 438-441; de los pimas lo hace en 120 y 143; todas estas páginas corresponden al tomo IV de la edición ABZ.

<sup>24</sup> ABZ, tomo IV, p. 427.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 390-394.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 426-432.

<sup>28</sup> Véase, por ejemplo, Archivo General de la Nación, serie *Provincias internas*, 176, 176-298: "Testimonio del informe fecho en visita de autos formados a representación del muy reverendo padre Juan Antonio Baltazar, visitador de las misiones de la provincia, en que se da cuenta de las providencias dadas en tiempos del visitador general de la gobernación de Sinaloa..." (1750).

<sup>29</sup> ABZ, tomo I, Introducción, p. 18.

<sup>30</sup> Archivo General de la Nación, serie *Jesuitas*, III, 16, exp. 23 y III, 21, exp. 3, respectivamente. En torno al estilo historiográfico de Alegre, véase ABZ, tomo I, p. 18.

